

CAPITULO LXV.

Nuevas campañas del Santo rey contra los infieles.—Conquistas de Ubeda y de Córdoba.—Muerte del rey moro Aben-Hud.—Los cristianos acuden á repoblar la antigua corte de los califas.

Tan luego como Fernando III se encontró en posesion legitima de su nuevo reino, empezó á recorrer las principales poblaciones, atendiendo todas las quejas, aplicando remedios donde veia que existian males, siendo por doquiera acogido con grandes muestras de afecto pues su proceder y el interés que por sus pueblos mostraba, solamente esto podian inspirarles.

Durante esta visita los moros se apoderaron de la villa de Quesada, y el rey dió al arzobispo D. Rodrigo el encargo de rescatarla del infiel, haciéndole donacion de ella y de todo lo demás que conquistase.

Poco tardó el prelado guerrero en plantar el estandarte de la cruz sobre los mismos muros donde tremolara la enseña musulmánica, y adelantándose hacia Cazorla tomola tambien, datando de esta época el *Adelantamiento* de Cazorla, que por mucho tiempo tuvieron los prelados toledanos aunque otros historiadores aseguran que en el reinado de Alfonso IX padre del rey, existia ya adelantado de Extremadura que lo era su primo Martin Sanchez. Nosotros seguimos la opinion de Lafuente.

Para ayudar á D. Rodrigo en sus belicosas empresas, mandó el monarca á su hermano D. Alfonso, el cual llevaba por capitán de su hueste á D. Alvar Perez de Castro, que habia servido con los moros de Jaen y Granada, acompañado de otros no menos nobles y esforzados caballeros.

Las guerras civiles dividian extraordinariamente á los agarenos, debilitando sus fuerzas, así fue que los castellanos no solamente avanzaron por las tierras sevillanas, si que llegaron hasta las cercanías de Jerez.

La inminencia del peligro hizo volver en sí á los infieles, y Aben-Hud, reuniendo un poderoso ejército, presentóse en las orillas del Guadalete á oponerse á la hasta entonces triunfante marcha de sus enemigos.

Lugar de funestos recuerdos era este para los cristianos, mas los soldados de Fernando no eran ya los afeminados y degenerados godos de Rodrigo, y aun cuando mas inferiores en número á sus contrarios, de tal modo los envistieron, que presto en aquel mismo sitio, testigo de la derrota del sucesor de Witiza, quedaron á su vez vencidos los descendientes de Tarik.

En este combate pereció el emir de los Gazules, que habia venido de Africa y á quien Aben-Hub le dió la villa de Alcalá que desde entonces se llamó de los Gazules.

Al llegar á este acontecimiento no podemos menos de hacernos cargo de la célebre hazaña del famoso Toledano Diego Perez de Vargas, segun lo refieren las crónicas de aquel tiempo, que por cierto lo detallan minuciosamente.

Rota la espada y la lanza del valiente Diego y no encontrando nada de que poder echar mano para proseguir combatiendo, desgajó una rama de olivo, y con ella, blandiéndola á guisa de maza metióse en lo mas récio de la batalla dando tales golpes que «al que alcanzaba uno, no habia mas menester.»

«É hizo con aquel cepejon — dice la crónica, — cosas tales, que con las armas no pudiera hacer tanto. D. Alvar Perez, con el placer de los porrazos que le oia dar con el cepejon, decia cada vez que le oia dar golpes: *Así, así, Diego, machuca, machuca.* Y por esto desde aquel día en adelante llamaron á aquel caballero Diego Machuca, y hasta hoy quedó en algunos de su linaje.

Tuvo lugar este hecho tan señalado en el año 1233, y la hueste victoriosa tornóse á Palencia, donde el rey se habia cargado de despojos arrebatados al enemigo siendo recibidos por do quiera con las mayores muestras de regocijo.

Mientras tenian lugar los acontecimientos anteriores, con ocasion que el rey de Jerusalem y emperador de Constantinopla habíase visto obligado á Europa á buscar alianzas con sus monarcas, al pasar por Castilla y Leon con objeto ó pretexto de dirigirse á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, prendóse de una hermana del santo rey llamada tambien Berenguela como su madre, y verificadas sus bodas, se la llevó consigo á Italia.

Algunos historiadores ponen este acontecimiento en 1224 y otros en 1230.

Tambien por entonces celebró el castellano una entrevista con el rey D. Jaime de Aragon, á propósito del nuevo enlace que iba á contraer con D.^a Violante de Ungría.

Habíase casado este monarca con D.^a Leonor, tia del rey de Castilla, de la cual fue obligado á separarse por el legado pontificio á causa de su parentesco, quedando un hijo de esta union que se llamaba Alfonso.

Fernando III procuró asegurar los derechos de este niño para el porvenir, y D. Jaime le prometió solemnemente que en nada le perjudicaria aun cuando tuviera sucesion de su segunda esposa.

En 1231, asegurada la paz en sus estados, emprendió Fernando la guerra contra los musulmanes con mayor brío, y poniéndose delante de Ubeda, que era una de las plazas fronterizas de mayor importancia, despues de un apretado cerco se apoderó de ella el día 29 de setiembre.

Tornóse el monarca á Castilla tal vez con motivo de la muerte de la reina D.^a Beatriz ocurrida por este tiempo, cuando le llegó un mensaje que le obligó á ponerse en campaña inmediatamente seguido de sus soldados.

La muerte de la reina D.^a Beatriz tuvo lugar en Toro en el mes de noviembre de 1235, siendo sepultada en las Huelgas de Búrgos.

Segun algunos historiadores murió en olor de santidad, siendo muy elogiada y sentida su muerte por las nobles virtudes que la adornaban.

Mas tarde su hijo D. Alfonso el *Sábido* hizo de ella un cumplido elogio.

Tuvo de ella el rey D. Fernando diez hijos que fueron D. Alfonso, D. Fadrique, D. Fernando, D. Enrique, D. Felipe, D. Sancho, D. Manuel, D.^a Leonor, D.^a Berenguela y D.^a María (1).

Los cristianos de Ubeda, ayudados de los de Andujar se aproximaron cautelosamente á Córdoba, y apoderándose de la Axarquia ó arrabal, escalaron los muros, llevando su atrevimiento al extremo de que una compañía mandada por Domingo Muñoz recorrió varias calles, aun cuando perseguida por los infieles llegó á verse en gran aprieto para poder ganar la salida, que felizmente pudo conseguir.

Sin embargo hiciéronse fuertes en el arrabal enviando á pedir socorros.

Alvar Perez Castro fue el primero que se lo dió, llegando á aquel punto con gentes de Extremadura y Castilla, mas no por eso era nada satisfactorio su estado, por lo cual despacharon mensajeros al monarca.

Hallábase este en Benavente sentado á la mesa cuando recibió la noticia del aprieto en que se hallaban sus vasallos, y volviéndose al enviado, le dijo: — «Aguardad una hora,» y ordenando que sus huestes marchasen detrás de él, partió con solos cien caballeros al espirar el plazo que diera al mensajero.

No transcurrió mucho tiempo sin que un lucido ejército cristiano se hallase á la vista de Córdoba.

Sabedor Aben-Hud de semejante novedad, trató inmediatamente de acudir en su socorro, pero un cristiano llamado Lorenzo Juarez, que expulsado de Castilla por el Santo rey habíase puesto á su lado, obteniendo su confianza, supo disuadirle, en términos, que en vez de acudir á Córdoba hizole marchar con su ejército en auxilio de Valencia, amenazada á la sazón por el rey D. Jaime de Aragon que obtenia grandes triunfos por aquella parte.

En Almería, donde pernoctó Aben-Hud, fue obsequiado con un banquete por el alcaide Abderrahman, el cual despues de embriagarle, ahogóle, segun las crónicas árabes «en su propio lecho.»

Falta de socorro la antigua corte de los califas y cada vez mas apretada por los cristianos, no tuvo mas remedio al saber la muerte de Aben-Hud, que rendirse, con la condicion de conservar sus vidas y poder salir de la ciudad para ir á establecerse donde mejor quisieran.

El día 29 de junio de 1236 tremoló el estandarte cristiano en la grande aljama de Córdoba, trocándose en templo cristiano aquella soberbia mezquita que tanto admiramos todavia.

El obispo de Osma, en representacion del prelado de Toledo, que á la sazón se hallaba en Roma, la consagró, acompañado de los de Baeza, Cuenca, Plasencia y Coria.

Halláronse allí sirviendo de lámparas las campanas de Compostela arrebatadas por Almoravides y conducidas en hombros de los cautivos cristianos. El santo rey dispuso, que en hombros tambien de cautivos musulmanes, fueran conducidas de nuevo al templo del santo Apóstol.

Por medio de pregon excitóse á los cristianos á que fueran á repoblar la recién ganada ciudad, y fueron tantos los que acudieron, que antes faltaron habitaciones que pobladores, pues la fertilidad del terreno y la fama de la gran corte de los califas, atrajéronle un número considerable.

La rendicion de Córdoba hizo que algunas poblaciones importantes de Andalucía se hicieran tributarias inmediatamente del rey de Castilla.

El primer obispo de Córdoba lo fue D. Fray Lopez que era monge de Fitero.

El cargo de *canciller mayor* de Castilla que ejercia á la sazón el obispo de Osma á nombre y en representacion del prelado de Toledo D. Rodrigo Jimenez que á la sazón se hallaba en Roma, ejercióse por mucho tiempo los arzobispos Toledanos.

Semejante dignidad era la de segundo oficial de la casa del rey, de aquellos que tienen oficio de puridad.

«Medianero entre el rey y sus vasallos porque todas las cosas que él hubiera de librar por cartas de cualquier manera que sean, ha de ser con su sabiduría é él las de leer antes que las sellen para guardar que no sean dadas contra derecho, por manera que el rey no reciba ende daño nin vergüenza.

«E si fallase que alguna hi habia que non fuese así fecha débela romper é desatar con la peñola á que dicen en latin *cancellare* é de esta palabra tomó nome de *canciller* (2).»

La creacion de semejante dignidad, Salazar de Mendoza opina porque se debe al emperador Alfonso VII, que «como los emperadores llamaron *cancilleres* á sus secretarios, llamóse tambien así á los suyos desde su coronacion (3).»

(1) Flores.—*Reinas Católicas*.

(2) *Ley de Partida*, p. 2. tit. 9. l. 4.

(3) *Dignidades de Castilla*, lib. II, cap. 7.



LA REINA D.^a BERENGUELA.

Riera Editor, Barcelona, Robador 24y26.

CAPITULO LXVI.

Heróica defensa de la Peña de Martos. — El infante D. Alfonso adquiere gran copia de laureles en Murcia. — Nuevos triunfos en Andalucía. — Rendición de Jaen. — Celebra el Santo rey un tratado con el rey de Granada. — Muerte de Doña Berenguela. — Virtudes de esta reina. — Preparativos para la conquista de Sevilla.

La rendición de Córdoba trajo en pos de sí la de otras poblaciones de gran importancia también, como eran Estepa, Ecija y otras. A D. Alfonso Tellez de Meneses y á D. Alvar Perez de Castro dejó el Monarca encomendada la defensa y gobernación de la nueva conquista, dirigiéndose hácia Toledo, donde habia estado la reina D.^a Berenguela atendiendo con extraordinaria solicitud á todas las necesidades del ejército.

Gregorio IX, que á la sazón ocupaba la silla pontificia, envió sus plácemes al santo rey, expidiendo dos bulas, concediendo por la una, los honores de cruzada á todos aquellos que asistiesen á la guerra, y mandando por la otra, que la Iglesia contribuyese por su parte á los gastos de aquellas expediciones, con un subsidio de veinte mil doblas de oro en cada uno de los tres años siguientes.

Segunda vez contrajo matrimonio Fernando III por consejo de su madre, con una dama francesa, llamada Juana, hija del conde de Ponthieu y vizneta del rey de Francia Luis VII, de la cual andando el tiempo llegó á tener tres hijos.

En 1237, celebróse el enlace en Búrgos, con gran satisfacción de todos los nobles y prelados de sus reinos.

Grandes cambios produjo la muerte de Aben-Hud en los estados musulmanes.

Proclamóse rey de Murcia Mohammed-ben-Aly-Aben-Hud, y en Arjona echábase el fundamento del tan poderoso reino de Granada mas tarde, aclamando por rey á Mohammed-Alhamar.

Fue tal la aglomeración de cristianos tanto en Córdoba como en las demás poblaciones arrebatadas al infiel, que yernos como habian quedado los campos por las campañas anteriores y faltos de cultivo, no produjeron lo necesario para el sostenimiento de aquella multitud, por cuya razón D. Alvar Perez vióse obligado á pasar á exponer al Rey la alíctiva situación en que se encontraban.

Fernando, no solamente acudió á tan urgente conflicto con dinero, granos y mantenimientos, si que nombró á D. Alvar, su adelantado, dándole amplísimos poderes para que obrase como su prudencia y discreción le dictaran.

De nuevo tornó el de Castro á ver al Rey, tal vez á darle cuenta de su administración, cuando habiendo dejado á su esposa en el castillo de Martos con unos cuarenta caballeros bajo el mando de su sobrino D. Tello, antojósele á este, como jóven y ansioso de gloria, salir á escaramucear con los infieles.

Sabelor Alhamar del abandono en que quedara tan importante posición, reunió apresuradamente gran número de soldados y con ellos se puso frente á Martos.

Mas la heróica condesa, recordando tal vez lo que en lejanos tiempos liciera Teodomiro ó Tadmír, según le llamaban los árabes, cuando se vió cercado en Orihuela, hizo que sus mujeres sustituyeran los yelmos á las tocas y aparecieran en las murallas completamente armadas, despachando un mensajero que avisara á don Tello el riesgo que corrían.

Sorprendidos quedaron los infieles al ver unos defensores con quienes no contaban, y decidieron proceder con alguna precaución, pues lo enriscado de la plaza permitía hacer una gran defensa con poca gente que tuviese.

Avisado entre tanto D. Tello, acudió con sus caballeros, mas al ver la inmensa muchedumbre sarracena, fueron todos de opinión que era imposible penetrar hasta el castillo.

Pero Diego Perez de Vargas, el famoso Diego Machuca de la batalla de Guadalete, que allí se hallaba, de tal modo supo pintarles la mengua que sobre ellos recaería dejando abandonada á la condesa en tan rudo trance y lo resuelto que estaba á morir en su demanda, que todos decidieron acometer la empresa aun cuando hubieran de hallar la muerte entre las filas enemigas.

Y con tal esfuerzo lo hicieron, que aun cuando algunos hallaron la muerte, consiguieron la mayor parte romper las líneas musulmanas y penetrar en el castillo.

Alhamar, comprendiendo que ya le sería imposible rendir una fortaleza, por tan esforzados caballeros defendida, levantó el cerco.

Con la noticia del heróico hecho de la Peña de Martos recibió el Rey la de la muerte de Alvar Perez ocurrida en Orgaz cuando se dirigía á sus estados de Andalucía.

Tanto esta muerte como la de D. Diego Lopez de Haro, otro de sus mejores capitanes, obligáronle á marchar á Córdoba, donde premió á los caballeros que mas se habian distinguido, encomendando la defensa de Martos á los caballeros de Calatrava, á quienes dió la fortaleza, y se apoderó de otras villas y lugares importantes.

Al mismo tiempo que de la guerra, cuidábase el Santo rey de los asuntos de gobierno de sus pueblos, disponiendo la traslación, ó mejor dicho, la incorporación de la Universidad de Palencia á la de Salamanca.

La falta de salud obligó á mandar á su hijo y heredero el infante D. Alfonso á Andalucía; mas cuando disponiéndose estaba para su expedición, llegaron mensajeros del rey moro de Murcia, que ofrecía su reino al monarca cristiano, temeroso de verse atacado por D. Jaime de Aragon, que dueño de Valencia le amenazaba ya, y de Alhamar, el rey de Arjona, y mas que todo, por los bandos y parcialidades que dividían sus estados.

Firmáronse las capitulaciones, y como ni el walí de Lorca ni los

alcaides de Cartagena y Mula entrasen en aquel concierto, el infante D. Alfonso, acompañado de D. Pelayo Correa, maestre de Santiago de Uclés, y de los caballeros de su Orden, formando una lucida hueste, marchó á Murcia, de cuya población tomó posesion en 1241.

Por entonces creó Fernando III el Consejo de doce sábios y entendidos caballeros que le acompañaban á todas partes, aconsejándole con sus luces é ilustracion, base y fundamento, del que con mas atribuciones, llamóse mas tarde Consejo real de Castilla.

También data de este Monarca la costumbre que hasta el dia hemos coñocido en nuestros reyes, de servir á la mesa á doce pobres el día de Jueves Santo.

Mas no por estos asuntos olvidaba la mision que se impusiera de hacer la guerra sin tregua alguna al infiel.

Arjona y Alcalá la Real, con otras poblaciones menos importantes, cayeron en su poder, y finalmente Jaen, rendida por el mismo rey Alhamar, pudo ver triunfante la enseña de la cruz.

Alhamar se reconoció vasallo y tributario suyo, obligándose á ayudarle en sus empresas, abonándole trescientos mil maravedís de oro anuales.

En 1246 celebráronse los esponsales del matrimonio entre el infante heredero D. Alfonso y D.^a Violante, hija del rey D. Jaime de Aragon; y el 8 de noviembre del mismo año, la reina D.^a Berenguela, aquella tan noble dama como prudente, discreta y cariñosa madre, falleció, llenando de luto á entrambos reinos y causando un profundo dolor á su hijo que tanto la debia.

«E non era maravilla — así se expresa D. Alfonso el Sábio en su crónica — de haber gran pesar: ca nunca rey en su tiempo otra tal perdió de quantas hayamos sabido, nin tan comprida en todos sus fechos. Espejo era cierto de Castilla, et de Leon, et de toda España: et fue muy llorada de todos los concejos, et de todas las gentes de todas leyes, et de los fidalgos pobres, á quien ella mucho bien facie (1).»

A la terrible desgracia que tan hondamente afectara al santo rey con la muerte de su madre, siguió casi inmediatamente el fallecimiento del prelado toledano el ilustre D. Rodrigo Jimenez de Rada, erudito historiador de los reinados de Alfonso VIII y de Fernando, «lustre de la Iglesia, de las letras y de las armas españolas.»

Murió en Francia en 1247, cuando ya regresaba á su patria. En su epitafio del monasterio de Huerta, donde fue enterrado, decia así: — «Mi madre es Navarra; Castilla mi nodriza; París mi escuela; Toledo mi domicilio; Huerta mi sepultura; el cielo mi descanso.»

A pesar del profundo dolor que estas tan irreparables pérdidas produjeran al Monarca, no descuidó este los asuntos de la guerra, y comenzó á hacer los preparativos para la conquista de Sevilla, reclamando el auxilio del rey de Granada en virtud de lo estipulado al hacerle la entrega de Jaen.

Llamábase este según ya hemos visto, Alhamar Mohamed-Abu-Abdellak-ben-Yusuf el Ansary, y era hijo de unos labradores ó carreteros de Arjona.

Su educacion, superior á su nacimiento, ensanchando el horizonte de sus aspiraciones, llevóle desde muy jóven á acometer grandes empresas, captándose bien pronto las simpatías y el afecto de sus conciudadanos por su prudencia y discreción; por su pureza de costumbres y por su frugalidad y rectitud en los cargos que desempeñó bajo distintos emiratos.

Mostróse siempre enemigo de los almohades, y aprovechándose de las disensiones que destrozaban el imperio musulman, se apoderó de importantes poblaciones hasta hacerse proclamar Emir Almumenim, y mas tarde estableció su corte en Granada.

De vuelta de una de sus expediciones aclamáronle los granadinos con el título de *ghaleb*, que quiere decir, vencedor; mas él contestó: *Wé lé ghaleb i lé Allah*, ó sea: «No hay otro vencedor que Dios,» frases que desde entonces quedaron como mote ó divisa de los reyes de Granada.

De regreso de Jaen, dió comienzo á las obras de la Alhambra, monumento que todavía admiramos y que demuestra el grado de cultura de aquella raza.

Ocupado se hallaba Alhamar en hermosear su ciudad predilecta, cuando recibió la demanda del castellano. Inmediatamente se dirigió al campo de este, al frente de quinientos caballeros escogidos.

Felices resultados obtuvieron las armas cristianas desde los primeros momentos, consiguiendo apoderarse de Constantina, Reina, Lora, Alcolea y otras.

Con motivo de esta guerra creóse en Castilla la dignidad de almirante ó jefe de las fuerzas del mar, honrándose con este cargo á D. Ramon Bonifaz, noble caballero burgalés que disfrutaba de gran renombre como marino.

Dióle el rey el encargo de construir varias naves para bloquear la ciudad por la parte del río, y bien pronto construidas en Vizcaya y Guipúzcoa, y tripuladas por gentes de estas marinas, presentáronse en la embocadura del Guadalquivir trece naves y algunas galeras, obteniendo una gran victoria sobre la flota musulmana que acudia de Ceuta y Tánger en socorro de los sevillanos.

(1) Chron. gen., fol. 416.



RENDICION DE SEVILLA